

## LIBRO TREINTA Y UNO.

Diplomacia de Dumouriez.—Westermann.—El Amigo del pueblo.—Brissot intenta oponerse á los facciosos.—Louvet.—Su retrato.—Acusa á Robespierre.—Aja á Marat.—Respuesta de Robespierre.—Barrère.—Fabre de Eglantine.—Carta confidencial de Vergniaud.—Foufrede.—Los partidos se disputan la popularidad.

### I.

Aquel era el momento en que Dumouriez saboreaba el triunfo en París, y en que todos los partidos se disputaban el honor de arrastrar hacia sí, al salvador de la república. Dumouriez con la gracia marcial de su esterior, de su carácter y de su talento, se prestaba á todos y no se entregaba á ninguno. Dejaba esperar á cada uno de los gefes de la faccion, que su espada se inclinaria de su lado, interesábales así en su gloria, y se aseguró, por su ascendiente en los consejos, los hombres, las armas, las municiones, los subsidios y la confianza de que tenia necesidad para preparar sus conquistas. El tacto diplomático que habia adquirido tratando antes con las facciones de los confederados en Po-

lonia, le hizo fácil el manejo de las facciones revolucionarias en París. Su genio jugaba con las intrigas, y el hilo de su ambicion mezclado en todas sin perderse en ninguna, le daba una probabilidad en la trama de todos los partidos. Solo Marat le perseguia con sus amenazas y con sus acusaciones anticipadas. Su instinto revelaba en Dumouriez un traidor antes que la traicion.

Por su parte Dumouriez despreciaba á Marat; pero éste desafiaba el favor público de que Dumouriez estaba rodeado, y se adheria como los insultadores pagados de Roma, á los pasos del triunfador. El general habia hecho desarmar y castigar un batallon republicano por haber degollado los emigrados, prisioneros de guerra, en Rhetel. Un tal Palloy, arquitecto, era teniente coronel de este batallon, y habia tomado parte en los excesos de los soldados. Deslittuido por Beurnonville, lugar teniente y amigo de Dumouriez, Palloy viniera á quejarse á París.

Era este un hombre que en todo ponía su nombre para hacerle sonar. Habia hecho una industria del entusiasmo, demoliendo la Bastilla, y vendiendo las piezas de aquella fortaleza á los patriotas como reliquias y despojos del despotismo. Era amigo de Marat, el cual se encargó de su causa, é hizo nombrar por los jacobinos una comision de averiguacion, compuesta de Benabolle, gritador de los clubs, de Montaut, aristócrata de sangre, que rescataba su nacimiento por su exaltacion demagógica, y de él mismo para examinar aquel negocio, reprender á Dumouriez y vengar á Palloy.

El general habiendo rehusado recibirlos, Marat y sus dos colegas hostigaron á Dumouriez, hasta en medio de una fiesta triunfal que madama Simons-Candeille, amiga de Vergniaud y de los girondinos, daba al vencedor de Valmy. Marat interrumpiendo bruscamente la fiesta, en el momento que la música y el baile entusiasmaban á todos los convidados, entre los que se ha-

llaba Danton, se acercó á Dumouriez y le interpeló con el tono de un juez que pregunta á un acusado, sobre los escesos del poder que se le atribuian, respecto de patriotas probados. Dumouriez no se dignó responder, pero dirigiendo una mirada de curiosidad y de desprecio sobre la persona y trage de Marat, le dijo con un acento y sonrisa de insolencia militar: «¡Ah! ¿sois vos el que se llama Marat? nada tengo que decirlos,» y volvió la espalda. Marat se retiró lleno de rabia, en medio de las risas y de los cuchicheos de sus enemigos. Al dia siguiente se vengaba en el diario de la república, que redactaba entonces.

«¿No es humillante para los legisladores, escribia, ir á buscar á casa de las cortesanas al generalísimo de la república, y hallarle allí rodeado de ayudantes de campo dignos de él? Uno, Westermann, capaz de cualquier crimen, con tal que se le paguen: el otro Saint-Georges, espadachin honorario del duque de Orleans.» Louvet y Gorsas le contestaron en el mismo tono en los diarios girondinos, *el Centinela*, y *el Correo de los Departamentos*. «Como está probado que la nacion te mira como reptil venenoso, como un maniático sanguinario, le dijo irónicamente Gorsas, continúa amotinando el pueblo contra la Convencion; continúa diciendo, que es necesario que los diputados sean apedreados y las leyes hechas á golpes: continúa pidiendo que las tribunas se acerquen mas al centro del salon, para que el pueblo tenga á los representantes mas cerca. Cuando los diputados, á escepcion de diez ó doce de tus satélites, sean inmolados, tu pueblo irá á casa de los ministros que tú no hayas escogido, sobre todo á la de Roland que se negó á darte los fondos de la república, para pagar y distribuir tus venenos; á casa de todos los periodistas, á la de todos los moderados que no han aplaudido los asesinatos de 2 y 3 de setiembre. De este modo París se gobernará por todo lo que en él hay de impuro. ¡Qué alegría, para tí, Marat, ver

correr la sangre por las calles! ¡qué delicioso espectáculo verlas cubiertas de cadáveres, de miembros esparcidos y de entrañas palpitantes aun! Y ¡qué gozo para tu alma bañarte en la sangre caliente de tus enemigos, y colorear las páginas de tus diarios con la relacion de esas gloriosas expediciones! ¡Puñales, puñales, mi amigo Marat! ¡Pero las teas! ¡las teas tambien! Me parece que descuidaste demasiado este último medio del crimen. Es necesario que la sangre se mezcle con las cenizas. *El fuego de alegría de la matanza, es el incendio.* ¡Este era el parecer de Masaniello, y este debe ser el tuyo!»

## II.

Mientras que los escritores girondinos subvencionados por Roland é inspirados por su muger, de este modo hollaban el nombre de Marat con el sangriento ridiculo de sus propias teorías, los soldados de Dumouriez que daban la guarnicion á París, y sobre todo la caballería, tomaban partido por su general, é insullaban al feroz demagogo en todas partes donde le encontraban. Colgaron su efigie en el Palacio Real, y una banda de marseleses y de dragones, acuartelados en la Escuela militar, desfilaron juntos por la calle de los Franciscanos y se detuvieron debajo de las ventanas del *Amigo del pueblo*, pidiendo su cabeza y las de los diputados de París, y amenazando poner fuego á su casa. Marat temblando, se refugió de nuevo en su subterráneo.

Un dia que se determinó á salir, escoltado por algunos hombres del pueblo, que fijaban sus anuncios en las esquinas, le encontró Westermann en el Puente Nuevo. Westermann, hombre violento, indignado por los ultrages que Marat le prodigaba todos los dias en sus periódicos, cogió al amigo del pueblo por el brazo y le dió unos

cuantos sablazos de plano sobre las espaldas. El pueblo, á quien el uniforme alucina y la audacia intimida, dejó cobardemente martirizar á su tribuno. La accion de Westermann alentó los sarcasmos de Louvet. «Pueblo, escribió al dia siguiente este jóven periodista, en el gabinete de Roland, pueblo, voy á referirte un apólogo extraño, pero que te hará palpar la demencia de tu amigo Marat. Suponiendo que un pelo de mi barba tuviese la facultad de hablar y me dijese: corta tu brazo derecho porque ha defendido tu vida, corta tu brazo izquierdo porque ha llevado el pan á tu boca; corta tu cabeza porque ha dirigido tus miembros; corta tus piernas porque ha llevado tu cuerpo. Dime ahora, pueblo soberano, sino sería mejor que yo hubiese guardado mis brazos, mis piernas y mi cabeza y cortar solo mi barba que me daba tan absurdos consejos. Marat es el pelo de la barba de la república y dice: matad los generales que hacen salir los enemigos de la república; matad la Convencion, que dirige el imperio; matad á los ministros que hacen marchar al gobierno, matadlo todo ¡menos á mí! El miserable sabe bien que solo puede ser grande quedando solo.»

No sin fundamento, Marat por su parte acusó á los girondinos de que fomentaban los motines en Paris, para hallar en estos mismos, la ocasion de una reaccion contra la municipalidad. Un destacamento de emigrados prisioneros de guerra, atravesó en efecto á Paris á medio dia, precedido de un trompeta tocando marcha y escoltado solo por algunos soldados, como para provocar la emocion y la venganza de los arrabales. Mas de veinte mil hombres de tropa de linea ó de federados de los departamentos, fueron reunidos bajo diferentes pretestos en Paris, ó en el campamento inmediato. Los enganches patrióticos continuaron en la ciudad, y purgaron la capital de mas de diez mil proletarios, licenciados de la seccion, que marchaban para la frontera. La municipalidad dió cuenta no de la sangre vertida sino de los pri-

sioneros y de los despojos que habia acumulado en las cárceles y en sus depósitos, desde el 10 de agosto. Además de las víctimas de aquel dia, y de los ocho ó diez mil detenidos que los asesinos de seliembre habian inmolado en las cárceles, mil y quinientos prisioneros nuevos por crimen de contra-revolucion, habian sido sentados en los registros de las diferentes cárceles de Paris. De este número la municipalidad sola habia decretado el arresto arbitrario de cerca de cuatrocientos. Las cárceles de los departamentos no eran suficientes para contener los presos, y todas las ciudades convertian antiguos monasterios en cárceles.

Se reorganizó la municipalidad de Paris, y las elecciones para nombrar un alcalde atestiguaron la inmensa mayoría del partido del orden en las secciones, cuando no las intimidaban los agitadores que la dominaban. Petion, representante del partido moderado y amigo de Roland, obtuvo catorce mil votos; Antonelle, Billaud-Varennes, Marat y Robespierre, candidatos de los jacobinos, no tuvieron mas que un insignificante número de sufragios. Petion, sin embargo, declaró en una carta á sus conciudadanos, que, llamado á la Convencion nacional, creia deber obedecer á la nacion, y que no queria acumular dos cargos incompatibles.

Expulsado de los Jacobinos, Brissot atacó la sociedad-madre de Paris, en una alocucion á todos los de Francia. Su epigrafe, tomado de Salustio, recordaba los tiempos mas desesperados de Roma. «*¿Quiénes son los que quieren sujetar la república? Hombres de sangre y de rapiña; lo que es union entre los buenos ciudadanos, es faccion entre los perversos.*» — «La intriga, decia Brissot, me hizo borrar de la lista de los jacobinos de Paris; voy á quitarles la máscara, y diré lo que son, y lo que meditan. Caerá esta supersticion por la sociedad-madre, de la que disponen algunos malvados para apoderarse de la Francia. ¿Quereis conocer esos desorganizadores? Leed á

Marat, escuchad á Robespierre, Collet-d'Herbois y Chabot en la tribuna de los Jacobinos; ved los anuncios que manchan las esquinas de París; ojead los registros de proscripción del comité de vigilancia de la municipalidad; removed los cadáveres del 2 de setiembre; recordad las predicaciones de los apóstoles del asesinato en los departamentos. ¡Y se me acusa porque yo tengo fé en este partido! acusad, pues, á la Convencion que los juzga, á la Francia entera que los detesta, á la Europa que deplora ver manchada por ellos la mas santa de las revoluciones. ¿Me llaman faccioso? yo pertenezco á aquella faccion que queria la república, y que fué durante mucho tiempo compuesta solo de Petion, de Buzot, y de mí. He ahí la faccion de Brissot, la faccion de la Gironda, la faccion nacional de los que quieren el orden y la seguridad de las personas!..... No conocéis á aquellos que calumniais por pertenecer á una faccion. Guadet tiene el alma demasiado activa; Vergniaud lleva demasiado adelante esa indiferencia del genio, que se fia á sus fuerzas y que marcha sola. Ducós tiene demasiado talento y es demasiado probo! Gensonné piensa bastante profundamente por sí mismo, para sostener su parecer á un gefe! ¡Me acusan de haber calumniado el 2 de setiembre! Decid mas bien que el 2 de setiembre ha calumniado la revolucion del 10 de agosto, con la que querriais confundirle. El uno es el mas bello dia, el otro el mas execrable de nuestros fastos: pero la verdad alumbrará este dia!..... ¡Todos los satélites de Sylva no murieron en su lecho! y ¿dónde estaban el 10 de agosto nuestros calumniadores? Marat suplicaba á Barbaroux que le condujese á Marsella; Robespierre queria separar de su casa el comité de insurreccion que habia en la de Antoine, por temor de ser acusado de complicidad con los conspiradores de la república. Los otros se ocultaban de las balas, mientras aquella tímida faccion de la Gironda triunfaba por ellos. Esos Merlin, esos Chabot, ¿dónde estaban en-

tonces? Ese Collet, que llamaba á los reyes soles radiantes de gloria ¿dónde estaba? Solo les faltó valor para subir al tribunado el 2 de setiembre sobre los cadáveres de Roland, de Guadet, de Vergniaud y sobre el mio. ¡Me acusan de federalismo! Escuchad: en el tiempo en que Robespierre, que no era republicano, se defendia en sus discursos del 14 de julio de 1791, de las sospechas de republicanismo, yo confesaba la república, la república unitaria, y yo me burlaba del sueño insensato que tratase de hacer en Francia ochenta y tres repúblicas confederadas. Acabar de vencer, derribar los tronos, instruir los pueblos en conquistar y en conservar su libertad, ved nuestra obra: la Europa tiene la vista fija en la Convencion. La impunidad del 2 de setiembre ha separado la Europa de nuestros principios: que se levante, que se presente á los ojos de la Francia, el malvado que puede decir: Yo he mandado esos asesinatos, yo he inmolado con mis manos treinta ó cuarenta de esas víctimas; que se levante, y si la tierra no se abre para tragar tal monstruo, si la Francia le recompensase en lugar de esterminable, ¿seria preciso huir al fin del universo y pedir al cielo, anonadase hasta el recuerdo de nuestra revolucion! Me equivoco, seria necesario ir á Marsella, porque Marsella ha borrado el horror del 2 de setiembre. Cincuenta y tres individuos detenidos allí por el pueblo, han sido juzgados por el tribunal popular, y absueltos; el pueblo no ha asesinado; él mismo ejeculó su sentencia; abrió las cárceles, abrazó á los desgraciados que gemian en ellas, y los ha conducido á sus casas. ¡Ved ahí los verdaderos republicanos!.... Los calumniadores ¿guardarán ahora silencio?»

## III.

Arrastrado Brissot hasta el 10 de agosto por la lógica de sus principios republicanos, presentaba despues de la

conquista de la república, una fuerza de resistencia á las facciones igual á la fuerza de impulsión que habia comunicado hasta entonces á la opinión de los hombres libres. La ambición de que le habian acusado durante dos años, se desvaneció á los ojos de las personas imparciales. Su proselitismo no era el de un ambicioso, era el de un apóstol; no afectaba ni la influencia ni el imperio, dedicándose solo á moderar y regularizar la victoria. Tan filósofo como político no creía en la libertad sin honradez, y queria dar por base á la república, la moral y la justicia. Estraño al poder, puras sus manos de toda sangre y de todo despojo, tan pobre despues de tres años de revolución, como el día que habia empezado á combatir por aquella causa, vivía desde hacia cinco años en un cuarto piso, casi desamueblado en medio de sus libros y de las cunas de sus hijos. Todo en este asilo todo manifestaba la medianía, casi la indigencia. Despues de las tormentas del día y de las fatigas del trabajo que le daba su periódico, volvía á pié por la noche á ver á su muger y á sus tiernos niños que vivían en una pobre casa de Saint-Cloud. Los alimentaba con su trabajo, como un obrero del pensamiento. Sin aquella elocuencia exterior que se enciende con el fuego de las discusiones y que brota en gestos y en acentos, dejaba la tribuna á Vergniaud, habiéndose él creado una tribuna con su periódico, en el que luchaba todas las mañanas con Camilo Robespierre y Marat. Sus artículos eran discursos, y se ofrecía voluntariamente al odio y á los puñales de los jacobinos: ya habia hecho el sacrificio de su vida y se inmolaba á la pureza de la república. Merecía la injuria del apodo de *hombre de Estado* que le daban sus enemigos. Era hombre de Estado, en efecto, por lo profundo de sus pensamientos, por el conocimiento de la historia, por la estension del plan y por la energia de la voluntad: si hubiese tenido la palabra de Vergniaud la espada de Dumouriez; hubiera podido dar un go-

bierno á la república al dia siguiente de su advenimiento.

La naturaleza le habia creado para agitar ideas mejor que hombres. Su cuerpo pequeño y delgado, su rostro meditabundo y grave, la palidez y el ascetismo de sus facciones, la severidad melancólica de su fisonomia no le permitian difundir fuera la llama antigua que ardia dentro. En la Convención tenia mas influencia que acción; inspiraba y no agitaba, y tenia necesidad del silencio y de la soledad de su gabinete para entusiasmarse. Su pensamiento era como el fuego de esas lámparas que solo brillan entre paredes, porque las ráfragas del aire libre las hacen vacilar y apagarse; pero volvía á encontrar toda su intrepidez en el recogimiento, donde Vergniaud y Gensonné concurrían todas las noches á ilustrarse con su genio.

## IV.

Tal era la irritación entre los partidos y los hombres cuando Brisot, Vergniaud, Condorcet y sus amigos, decidieron á Roland á que llevase á la Convención su informe sobre el estado de París. En ella se ofrecía abiertamente el combate á las facciones, y fué leído en la sesión del 29 de octubre. Escuchado favorablemente por la mayoría, intimidó á Marat, á Robespierre y hasta Danton, inspirando confianza á los girondinos. Los federados de los departamentos se presentaron al dia siguiente en la barra; y pidieron que la Asamblea reprimiese á los agitadores de París, é hiciese prevalecer el gobierno nacional sobre la usurpación de algunos malvados; y despues se diseminaron por los lugares públicos pidiendo á grandes gritos las cabezas de Marat, de Robespierre y de Danton. Legendre denunció aquellos

atentados de los amigos de la Gironda, en la sesion del 3 de noviembre: Bentabolle refirió que la víspera pasando seiscientos dragones sable en mano por el baluarte, habian amenazado á los ciudadanos y gritado. *Nada de proceso al rey, sino la cabeza de Robespierre.*

Bazire en los jacobinos denunció al partido Brissot, como únicamente ocupado en asegurarse el mando: Robespierre el jóven delató á Roland por haber hecho imprimir á cuenta del Estado la acusacion de Louvet contra su hermano, y por haberla hecho distribuir en los departamentos. «Ciudadanos, dice Saint-Just, no se que golpe se prepara; todo está en fermentacion en París; en el momento en que se trata de juzgar al rey y de perder á Robespierre, es cuando se llaman tantas tropas á la capital. La influencia de los ministros es tal, que desde que aparecen en la Convencion, sus deseos se convierten en leyes: se proponen decretos de acusacion contra los representantes del pueblo, y Barbaroux propone juzgar al pueblo soberano. ¿Qué gobierno es el que quiere plantar el árbol de la libertad sobre los cadalsos! ¡Denunciemos á la nacion todos estos traidores!»

## V.

Robespierre entretanto, hacia ya algunos dias que no se presentaba ni en la Convencion ni en los Jacobinos, humillado por la superioridad de Marat y de Danton, en la primera lucha que tuvo que sostener con ellos contra los girondinos, esperaba, retirado, el momento de volver á grandearse la estimacion del pueblo y la admiracion de las tribunas; una caída oratoria le era mucho mas sensible que una caída de poder. Sus enemigos no tardaron en proporcionarle la ocasion de volver á colocarse en el punto en que él queria presentarse al pueblo.

«Pido la palabra para acusar á Robespierre, dijo inopinadamente el temerario Louvet.—Y yo tambien me presento de nuevo para acusarle, continuó Barbaroux.» Notábase en su impaciencia que la acusacion estaba pronta y que solo espíaban un momento favorable. «Escuchad á mis acusadores, respondió Robespierre con frialdad.» Louvet y Barbaroux ya se disputaban la tribuna, cuando Danton se abalanzó para interponerse por última vez.—«Es ya tiempo que conozcamos, dijo Danton, es tiempo que sepamos de quien somos colegas; es tiempo de que los nuestros sepan lo que deben pensar de nosotros. En la Asamblea existen gérmenes de desconfianza mútua, y es necesario que cese. Si entre nosotros hay un culpable, es preciso que se le castigue. Yo declaro á la Convencion, á la nacion entera, que no quiero al individuo Marat; hice la esperiencia de su carácter, y no solo es acerbo y volcánico, sino insociable. Despues de este parecer, sea-me permitido decir, que yo tambien estoy sin partido y sin faccion; si alguno puede probarme que yo pertenezco á una faccion, que me confunda al momento; si por el contrario es verdad, que mi pensamiento es mio, estoy firmemente decidido á morir antes que ser la causa de un trastorno en la república, que se me conceda enunciarle todo entero sobre nuestra situacion actual.

«Sin duda es muy bueno que un sentimiento de humanidad haga deplorar al ministro del Interior las desgracias irreparables de una grande revolucion. ¿Pero se hizo estallar nunca un trono, sin que sus fragmentos hiriesen algunos ciudadanos? ¿se hizo nunca una revolucion completa, sin que esta vasta demolicion del orden de cosas existentes haya sido funesta á alguno? ¿deben imputarse á la ciudad de París los desastres que, no lo niego, fueron quizá el efecto de las venganzas particulares; pero que es mas probable fuesen la consecuencia de aquella conmocion general, de aquella fiebre nacional, cuyos milagros admirará la posteridad? el ministro Roland ha cedi-

do á un resentimiento, que yo respeto, sin duda; pero su amor apasionado al orden y á las leyes, le hizo ver bajo la apariencia de faccion y complot de Estado, lo que solo es la reunion de pequeñas y miserables intrigas, cuyo objeto excede los medios. Penetraos de esta verdad, no puede existir faccion en una república. ¿Y dónde están esos hombres que se nos presentan como conjurados y como pretendientes á la dictadura y al triunvirato? ¿Que se los nombre! Yo declaro que aquellos que habian de la faccion de Robespierre, son para mí todos hombres prevenidos ó malos ciudadanos!»

## VI.

Habian sido acogidas las primeras palabras de Danton con un favor que la franqueza de su actitud y la varonil energia de su palabra, inspiraban en torno suyo. Negando á Marat, daba una prenda de reconciliacion con los girondinos. Sus últimas palabras espiraron en medio de los murmullos. Danton cubria á Robespierre á quien se deseaba herir. Buzot pidió desdeñosamente que Robespierre se dirigiese á los tribunales, si se creia calumniado por Roland, Robespierre le interrumpió y se lanzó á la tribuna. «Pido, dice Robeequi, que un individuo no ejerza aqui el despotismo de la palabra, que en otras partes.» Robespierre insistió en vano, un jóven de veinte y ocho á veinte y nueve años, de pequeña estatura, y de formas femeniles, facciones delicadas, cabellos rubios, ojos azules, color pálido, frente serena, espresion melancólica, pero cuya tristeza en lugar de parecerse al abatimiento, recordaba la meditacion que precede á las fuertes resoluciones, se presentó en la tribuna. Tenia en la mano izquierda un rollo de papeles, y la derecha apoyada sobre el mármol, parecia estar pronta al combate:

su segura mirada se paseaba sobre los bancos de la Montaña; aguardaba solo el silencio. Este jóven era Louvet.

## VII.

Louvet era uno de esos hombres, cuyo destino político solo se compone de un día; pero este día les conquista la posteridad, porque une á su nombre el recuerdo de un talento sublime y de un sublime valor. El orador y el héroe se confunden algunas veces en un solo acto y en un solo momento. Louvet era natural de París, hijo de una de estas familias de la clase media colocadas en los límites de la aristocracia y del pueblo, que amaba el orden, como las fortunas arraigadas, que detestaba las superioridades sociales, como el que asciende detesta al superior. Desdeñando el tráfico de su padre, el jóven buscó en las letras el nivel de su talento. Habia escrito un libro célebre entonces (Faublas) manual de libertinage elegante. Este libro calcado sobre la sociedad corrompida del tiempo, era el ideal de una sociedad que se rie de sí misma, y que solo se admira de sus vicios.

Este escándalo habia formado la reputacion de Louvet; solo su talento habia tomado parte en aquella obra; su corazon guardó el germen de la virtud, alimentando un fiel y ardiente amor. Casi adolescente habia amado y sido amado con igual pasion; pero esta inclinacion mútua de dos corazones, habia sido contrariada por ambas familias; y la muger que él amaba, fué desposada con otro. Los dos amantes dejaron de verse, pero no de adorarse.

Lodoiska, tal era el nombre que él la daba, habiendo recobrado su libertad, se habia reunido á su amante. Tenia por las letras, por la libertad y por la gloria, el

mismo entusiasmo que Louvet, le acompañaba en sus estudios, y solo tenían un alma y un genio para los dos. El amor no era únicamente para ellos una felicidad; era una inspiración. Vivían ocultos en un pequeño retiro, en los lindes de los grandes bosques reales que rodean á Paris. Lodoiska era madama Roland, mas tierna y mas feliz: la imaginación tenía menos lugar en su vida que el sentimiento: lo que ella adoraba en la revolución, era antes de todo la fortuna y la celebridad de Louvet: su amor entraba siempre en sus opiniones, se entusiasmaba con los libros de filosofía y de republicanism, antes de que hubiese llegado la hora de ocuparse de ello. Tan pronto como hubo libertad de imprenta, y se abrió la sala de los amigos de la Constitución, Louvet dejaba por el día su retiro, donde volvía todas las noches y se mezclaba al movimiento de los partidos. Cambió la pluma licenciosa que había escrito las *Aventuras de Faublas* por la pluma publicista y por la tribuna de los jacobinos. Mirabeau, licencioso como él, amó y animó aquel joven. Robespierre que no comprendía la libertad sin las buenas costumbres, vió con sentimiento aquel escritor de tocador hablar de virtud, despues de haber popularizado el vicio: quería que se espulsase de la república toda aquella juventud mas infecta que perfumada de literatura y de ateísmo: desde el tiempo de la Asamblea constituyente, el diputado de Arras había tratado de la separación de Louvet de los Jacobinos.

En tiempo de la Asamblea legislativa Louvet se había afiliado en el partido de Brissot contra Robespierre. Lanthenas, amigo y comensal de madama Roland, le había proporcionado la intimidad de esta muger. «Oh Roland, Roland, decía él mas tarde; ¡cuántas virtudes han asesinado en tí! ¡cuántas virtudes, cuántos encantos y cuánto genio han inmolado en tu esposa, mas grande y varonil que tú!» Estas palabras de Louvet manifiestan la impresion que había hecho en él madama Roland. Esta no

piñta con menos gracia la inclinación que tenía por Louvet. «Louvet, dice, podría algunas veces, como Philopœmen pagar el tributo de su exterior. Pequeño, delgado, corto de vista, descuidado en el vestido, no se parece en nada al vulgo, que no nota al primer golpe de vista la nobleza de su frente, el fuego que se enciende en sus ojos, y lo impresionable de sus facciones, al espresar una grande verdad ó un bello sentimiento. Es imposible reunir mas inteligencia, mas sencillez y abandono. Valiente como un leon y dulce como un niño, puede hacer temblar á Catilina en la tribuna, manejar el buril de la historia ó difundir la ternura de su alma sobre la vida de una muger amada.»

No tardó mucho tiempo en unir una amistad firme y varonil estas almas una á otra. Louvet descubrió en madama Roland el misterio de su amor y la hizo conocer á Lodoiska; y las dos mugeres se comprendieron por la política y por el amor; se vieron poco y furtivamente, porque la querida de Louvet ocultaba su vida en la oscuridad. La casta y respetada esposa del ministro no podía confesar la intimidad con una muger que el amor solo unía á Louvet.

## VIII.

Louvet escribió para Roland el *Centinela*, periódico de los girondinos, en el que el mas ardiente republicanism se asociaba al culto del orden y de la humanidad. El 10 de agosto había salvado algunas victimas, y el 2 de setiembre había ablandado á los verdugos. Elegido para la Convencion, dejó su retiro y habitaba una modesta casa en la calle San Honorato, cerca del salon de los Jacobinos. Adicto por convicción y amistad á las opiniones de la Gironda, formaba con Barbaroux, Bu-



zot, Rebecqui, Salles, Lasource, Ducós, Fonfréde, Raubaut de Saint-Entienne, Lanthenas y algunos otros, la vanguardia de aquel partido de la juventud de los departamentos, impaciente por purificar la república. Vergniaud, Petion, Condorcet, Sieyès y Brissot se esforzaban en vano para moderar aquellos jóvenes. El alma de madama Roland ardia en ellos, y toda su táctica era que su partido empeñase á su pesar una lucha decisiva, pareciéndoles el contemporizar, tan impolítico como cobarde. Louvet se ofreció para el primer golpe. El discurso que llevaba consigo desde ya hacia muchos días, habia sido concertado en comun en el conciliábulo de madama Roland, que habia encendido los sentimientos y dictado las palabras: Louvet era solo la voz. Este discurso era menos el de un hombre, que la explosión de odio de un partido entero.

## IX.

Mirando Robespierre á Louvet, afectó el desden y triunfó interiormente al ver que ningún orador, célebre ya, habia querido encargarse del acta de acusación contra él. Esta consideración de Vergniaud, de Gensonné y de Guadet se descubria en su actitud ó inspiraba confianza á Robespierre. Louvet despreciaba hasta el descontento de su mismo partido, porque sentia en pos de él la mano de madama Roland, que le impulsaba á la lucha. Restablecido el silencio habló así:

«Una gran conspiración amenazaba pesar sobre la Francia, y habia demasiado tiempo pesado sobre la ciudad de París. Llegásteis, y la Asamblea legislativa fue desconocida, envilecida y hollada: hoy se quiere envilecer la Convención nacional y se predica abiertamente la insurrección contra ella. Es tiempo de saber si existe una

facción de siete ú ocho miembros de esta Asamblea, ó si son los setecientos treinta miembros que la componen una facción: es necesario que de esta insolente lucha salgais vencedores ó envilecidos; es necesario para dar cuenta á la Francia de las razones que os hacen conservar en vuestro seno ese hombre, sobre quien la opinión pública se desarrolla con horror, ó que por un decreto solemne reconozcais su inocencia, ó que le espulseis de aqui; es necesario que toméis medidas contra esa municipalidad desorganizadora que prolonga una autoridad usurpada. En vano prodigareis medidas parciales, sino atacais el mal en los hombres, que son los autores. Yo voy á denunciar sus complots, y tendré á todo París por testigo. Podria desde luego admirarme de que Danton, á quien nadie atacaba, se haya lanzado aqui para declarar que era invulnerable, y para negar á Marat, de quien se ha servido como de un instrumento y de un cómplice en la gran conjuración que yo denuncio. (Murmullos). —Danton: yo pido que se permita á Louvet tocar el mal y poner el dedo en la llaga.» Louvet continúa. «Si, Danton, voy á tocarle; pero no se grita anticipadamente.

«En el mes de enero último fué cuando se vió en los jacobinos suceder á las discusiones profundas y brillantes que nos habian honrado ante la Europa, aquellos miserables debates que poco faltó para que nos perdesen, y cuando se empezó á calumniar á la Asamblea legislativa. Se vió un hombre, que queria siempre hablar, hablar sin cesar, hablar esclusivamente, no para ilustrar á los jacobinos, sino para sembrar entre ellos la división, y sobre todo, para que le oyesen algunos centenares de espectadores, cuyos aplausos se queria obtener á todo precio. Confidentes de este hombre se revelaban para presentar tal ó tal miembro de la Asamblea á las sospechas, á la animadversión de los espectadores crédulos, y para ofrecer á su admiración un hombre de quien hacian el mas fastuoso elogio, á menos que no le hiciese él

mismo. Entonces fué cuando se vieron intrigantes subalternos declarar, que Robespierre era el único hombre virtuoso en Francia, y que solo se debía confiar la salvacion de la patria á aquel hombre, que prodigaba las mas bajas adalaciones á aquellos centenares de ciudadanos fanatizados, á quienes él llamaba pueblo: es la táctica de todos los usurpadores desde César hasta Cromwell, desde Sylá hasta Masaniello. Nosotros, entretanto, fieles á la legalidad, avanzábamos bien resueltos á que no se sustituyese á la patria la idolatria de un hombre. Dos dias despues del 10 de agosto, yo estaba en el consejo general provisório, entra un hombre, y al verle hay un gran movimiento; era el mismo, era Robespierre. Viene á sentarse en medio de nosotros; me equivoco, va á sentarse en el asiento preferente de la mesa. Estupefacto me pregunto á mi mismo, no creyendo á mis ojos. ¡Qué! ¡Robespierre! ¡el incorruptible Robespierre, que en los dias de peligro habia dejado el puesto en que los ciudadanos le habian colocado, que despues se habia comprometido formalmente veinte veces á no aceptar ningun cargo público: Robespierre ocupa de repente un puesto en el consejo general de la municipalidad! Desde entonces comprendi que aquel consejo estaba destinado á reinar.

«Vosotros lo sabeis, Robespierre, se atribuye el honor del día 10 de agosto: la revolucion del 10 de agosto es la obra de todos; pertenece á los arrabales, que se han levantado en masa, á los valientes federados, que en aquel tiempo ciertos hombres no habian querido recibir en París, pertenece á los valientes diputados, que aqui mismo, en medio del ruido de las descargas de artilleria, votaron el decreto de suspension de Luis XVI; pertenece á los generosos guerreros de Brest, y á la intrepidez de los hijos de la altiva Marsella. Pero el 2 de setiembre.... ¡conjurados bárbaros! os pertenece á vosotros y solo á vosotros. (Movimientos de horror).

«Sealaban ellos mismos; ellos mismos con un desprecio feroz solo nos designan como los patriotas del 10 de agosto, reservándose el título de patriotas del 2 de setiembre. ¡Ah! que les quede esa distincion digna, en efecto, de la especie de valor que les es propia; que les quede para nuestra justificacion durable y para su eterno oprobio. El pueblo de París sabe combatir, pero no asesinar: todo él estaba en las Tullerías en el magnífico 10 de agosto; es falso que se le viese en las cárceles en el horrible 2 de setiembre. ¿Cuántos asesinos habia en las cárceles? no llegaban á doscientos. ¿Cuántos espectadores fuera? ni aun el doble. Preguntad á Pelion, él mismo os lo confesará ¿por qué no se ha evitado? ¡Porque Roland hablaba en vano! ¡porque Danton, ministro de Justicia, no hablaba!... ¡porque Santerre, comandante de las secciones, esperaba!... ¡porque los oficiales municipales con sus fajas presidian, aquellas ejecuciones!... ¡porque la Asamblea legislativa estaba dominada, y un insolente demagogó venia á su barra á decirle los decretos de la municipalidad, y amenazarla con hacer tocar á rebato si no obedecia.» Billaud-Varennés se levanta y trata de protestar. Un estremecimiento general de indignacion se difundió contra él en la Asamblea; un gran número de miembros señalan con el dedo á Robespierre; Cambon se hace notar por la cólera de su actitud; tiende su brazo hácia la Montaña, y grita: «¡Miserables, ved el decreto de muerte del dictador!—¡Robespierre á la barra, encáusese á Robespierre!» gritan por todas partes voces acusadoras. El presidente modera aquella impaciencia. Louvet continua: acusa á Robespierre de todos los crímenes de la municipalidad: y luego, mirando á Danton: «Entonces fué, dice, cuando se fijaron aquellos carteles en que se designaban como traidores todos los ministros, escepto uno solo, uno solo, y siempre el mismo. Y ¿puedes tú, Danton, justificarte de esta escepcion ante la posteridad? Entonces fué cuando se vió con espanto aparecer á la luz

del día un hombre único hasta ahora en los fastos del crimen (miran á Marat); y no creais apaciguarnos negando hoy este hijo perdido del asesinato. ¿Cómo hubiera él salido de su sepulcro, si vosotros no le hubieseis sacado? ¿Cómo le hubierais recompensado, si él no os hubiera servido? ¿Cómo le presentasteis bajo vuestros auspicios á aquella Asamblea electoral, en que me hicisteis insultar por haber tenido el valor de pedir la palabra contra Marat? ¡Dios! ¡le he nombrado! (Movimiento de horror). Si, los guardias de corps de Robespierre, esos hombres armados de sables y de palos, que le acompañaban por todas partes, me insultaron al salir de la Asamblea electoral, y me anunciaron que antes de mucho tiempo me harían pagar cara la audacia de combatir al hombre que Robespierre protegía. Y ¿por qué camino marchaban los conjurados de concierto á la ejecución premeditada de su plan de dominación? ¡Por el terror! Aun necesitaban asesinatos para que fuese completo, y para separar los generosos ciudadanos mas unidos á la libertad que á la vida. Se hicieron circular listas de proscripción firmadas por complacencia y á la ventura por montañeses extraviados. Se codiciaba la sangre y se repartían en esperanza los despojos de las victimas. Durante cuarenta y ocho horas la consternacion fué general; treinta mil familias están ahí que pueden atestiguarlo. Cuando vi tantas atrocidades liberticidas me pregunté, si en el día 10 de agosto habia soñado nuestra victoria, ó si Brunswick y sus columnas contrarrevolucionarias estaban ya dentro de nuestros muros. ¡No! pero eran furiosos conjurados que querían cimentar con sangre su naciente autoridad. Los bárbaros necesitaban aun, decían, veinte y ocho mil cabezas. Recuerdo á Sylva, que principió por herir á los ciudadanos desarmados, pero que bien pronto hizo pasear por delante de la tribuna de las arengas y en el foro, las cabezas de los mas ilustres ciudadanos. Asi avanzaban hácia su objeto aquellos malvados, en el camino del poder supre-

mo; pero donde los aguardaban algunos hombres de resolución, que los mas habíamos jurado por Bruto, y no les hubieran dejado la dictadura de un día... (Aplausos unánimes). —¿Quién los detuvo entretanto? Algunos patriotas intrépidos. ¿Quién los combatió? Petion. Roland fué quien prodigó, denunciándolos ante la Francia, mas valor que hubiera necesitado para denunciar un rey perjuro... ¡Robespierre! ¡yo te acuso de haber calumniado sin descanso á los mas puros patriotas! Te acuso de haber difundido estas calumnias en la primera semana de setiembre, es decir, en los días en que las calumnias eran puñaladas. Te acuso de haber, cuanto en tu poder estaba, envilecido y proscrito á los representantes de la nacion, su carácter y su autoridad. Te acuso de haberte presentado siempre tú mismo, como un objeto de idolatría, de haber sufrido que delante de tí se te designase como el único hombre virtuoso en Francia, que pudiese salvar al pueblo, y de haberlo dicho tú mismo. Te acuso de haber caminado directamente al poder supremo.»

## X.

Todas las miradas, todos los gestos se dirigen hácia Robespierre, como otros tantos testigos mudas de la acusacion que el orador fulmina contra él. Robespierre, pálido y agitado, las facciones contraídas por la cólera, se ve abandonado de sus colegas, y siente en torno suyo aquella atmósfera, donde pesa la reprobacion de una grande Asamblea. Pero en el fondo de su fisonomía se entrevee el gozo secreto de que le juzguen digno de una acusacion de dictadura, que en cualesquiera términos que se hiciese era una prueba del poder de su nombre, y una indicacion nominal á la atencion del pueblo. Louvel suspende un momento su discurso, como para dejar caer to-

do su peso sobre el acusado y sobre el pensamiento de los jueces. Continúa volviéndose con una espresion de desprecio, al lado de Marat. «Pero en medio de vosotros hay otro hombre, que no mancharé mi lengua nombrandole; un hombre a quien no tengo necesidad de acusar, porque él mismo no ha temido decirnos que, en su opinion, es aun necesario hacer caer doscientas sesenta mil cabezas.... ¡Y este hombre está en medio de vosotros! La Francia se avergüenza de ello, y la Europa se admira de vuestra prolongada debilidad. Pido que espidaís contra Marat un decreto de acusacion.»

## XI.

Bajó de la tribuna Louvet en medio de los aplausos; unos celebraban su elocuencia, otros su valor; aquellos por odio á Robespierre y estos por odio á Marat; parecía que el alma del orador habia pasado á la Asamblea. Hasta las tribunas, por lo regular vendidas á la municipalidad y disciplinadas al gesto de Robespierre, quedaron consternadas con el eco de aquella voz, y creian ver en la Convencion, puesta en pie, á la Francia levantarse en masa contra la tirania de Paris, y arrancar el poder sangriento de manos de los dueños del ayuntamiento. Robespierre, instruido por una primera derrota de la insuficiencia de una palabra improvisada contra una acusacion meditada y pulida de antemano, pidió que se le concediesen algunos dias para preparar su defensa. La Asamblea accedió con una indulgencia harto semejante al desprecio.

Al dia siguiente Barbaroux agravó y detalló los complots de Robespierre.

Temblaron por su idolo los jacobinos y las secciones; el pueblo se paseaba todas las noches despues de estos

discursos alrededor de la casa de Robespierre, y en los barrios se circuló la noticia de que habia sido asesinado. No se le habia visto ni en los Jacobinos ni en la Convencion despues de la denuncia de Louvet, á la que debia responder el lunes 5 de noviembre. Las tribunas de la Convencion, sitiadas desde el amanecer por los grupos de los dos partidos, estaban divididas en dos campos, que preludiaban el combate de las palabras con los gestos y las amenazas. Por fin, el presidente llamó á Robespierre á la tribuna, donde subió mas pálido que nunca. Esperando se restableciese el silencio, sus dedos convulsivos herian la tribuna, como el músico que distraido juguetea con las teclas de un piano. Ningun gesto, ninguna afectuosa sonrisa le animaba en la Asamblea: todas las miradas eran hostiles, todas las bocas desdeñosas, todos los corazones estaban cerrados. Principió con una voz chillona, en la que se conocia el temblor de la cólera, ahogado por la decencia de la sangre fría.

## XII.

«¿De qué soy acusado, ciudadanos? dijo despues de haber hecho un corto llamamiento á la justicia de sus colegas. De haber conspirado para llegar á la dictadura, al tribunado ó al triunvirato. Se convendrá en que si semejante proyecto fuese criminal, seria aun mas atrevido; porque para ejecutarle era necesario por de pronto derribar el trono, anonadar la legislacion, y sobre todo impedir la formacion de una Convencion nacional. Pero entonces ¿cómo he sido el primero en mis discursos y en mis escritos que apelé á una Convencion nacional como el único remedio á los males de la patria? Para llegar á la dictadura era necesario por de pronto ser dueño de Paris y sujetar los departamentos; ¿dónde están mis te-

soros? ¿dónde mis ejércitos? ¿dónde los grandes destinos de que estoy provisto? Todo esto está en manos de mis acusadores. Para que su acusacion pudiese adquirir el menor carácter de verosimilitud, sería necesario demostrar antes de todo que yo estaba completamente loco. Y si estaba loco, quedaria aun por explicar por qué hombres sensatos pudieron haberse tomado el trabajo de componer tan bellos discursos, tan bellos anuncios, y desplegar tantos esfuerzos para presentarme á la Convencion nacional como el mas peligroso de todos los conspiradores. Vamos á los hechos. ¿Qué me reprochan? ¿la amistad de Marat? podria hacer mi profesion de fé sobre Marat, sin deciros ni mas bien ni mas mal que lo que yo pienso de él; pero no sé hacer traicion á mi pensamiento por adular la opinion reinante. He tenido en 1792 una sola conversacion con Marat; le reprendí una exageracion y una violencia que perjudicaban á la causa que él podia servir; declaró al separarse que no habia hallado en mí *ni las miras ni la audacia de un hombre de Estado*. Estas palabras responden á las calumnias de los que quieren confundirme con ese hombre.

¿No me hice bastantes enemigos con mis combates por la libertad, que aun es preciso imputarme escesos que siempre he evitado, y opiniones que no he cesado de condenar? Pero he hablado, dicen, sin descanso con los jacobinos, y he ejercido una influencia esclusiva sobre aquel partido. Desde el 10 de agosto no subí diez veces á la tribuna de los jacobinos; antes de ese dia trabajé con ellos, en preparar la santa insurreccion contra la tiranía y la traicion de la corte y de La Fayette; pero los jacobinos entonces ¡eran la Francia revolucionaria! y vosotros que me acusais estabais con La Fayette. Los jacobinos no seguian vuestros consejos, y vosotros quisierais hacer servir la Convencion nacional, para vengar las desgracias de vuestro amor propio. La Fayette tambien pedía decretos contra los jacobinos, ¿quereis, como él, di-

vidir el pueblo en dos pueblos; el uno adulado, y el otro insultado é intimidado, los hombres honrados, los sans-coulottes ó la canalla? Pero ¿yo he aceptado el título de empleado municipal?—Respondo, por de pronto, que abdiqué desde el mes de enero de 1791 el empleo lucrativo, y de ningun modo peligroso, de acusador público. —¿Entré en la sala como dueño? Es decir, que al entrar fui á hacer justificar mis poderes en la mesa.

«Hasta el 10 de agosto no fui nombrado; estoy muy lejos de pretender arrebatár el honor del combate y de la victoria, á aquellos que estaban en la municipalidad antes que yo, en aquella noche terrible, que armaron á los ciudadanos, dirigieron los movimientos, descorcentaron la traicion, arrestaron á Mandat, que llevaba órdenes pèrdidas de la corte. Dicen que habia intrigantes en el consejo general; ¿quién lo sabe mejor que yo? Están en el número de mis enemigos. ¿Se achacan á este cuerpo arrestos arbitrarios? Cuando el consul de Roma ahogó la conspiracion de Catilina, Clodio le acusó de haber violado las leyes. He visto aqui tales ciudadanos, que no son Clodios; pero que algun tiempo antes del dia 10 de agosto, habian tenido la prudencia de refugiarse fuera de Paris, y que denuncian, despues que ella ha triunfado por ellos, á la municipalidad.—¿Actos ilegales? ¿Se salva la patria con el código criminal en la mano? ¿por qué no nos criticais tambien el haber roto las plumas mercenarias, cuyo oficio era propagar la impostura y ultrajar la libertad? ¿Por qué no nos acusais tambien de haber relegado los conspiradores fuera de Paris, y de haber desarmado á nuestros enemigos? Todo esto era sin duda ilegal; sí, ilegal como la caída de la Bastilla; ilegal como la caída del trono; ilegal como la libertad!

«Ciudadanos! ¿quereis una revolucion sin revolucion? ¿Cuál es ese espíritu de persecucion que quiere revisar, por decirlo así, la que ha roto vuestras cadenas? y ¿quién puede despues del golpe, señalar el punto preciso don-

de debian romperse las olas de la insurreccion popular? ¿qué pueblo á tal precio podria nunca sacudir el despotismo? Los hombres del 10 de agosto, no podrian decir á sus acusadores: si nos negais, negad tambien la victoria: tomad de nuevo vuestro yugo, vuestras leyes y vuestro antiguo trono: resituidnos con la sangre que hemos derramado, el precio de nuestros sacrificios y de nuestros combates...

«Con respecto á los dias 2 y 3 de setiembre, aquellos que han dicho que yo habia tenido la menor parte en tales acontecimientos, son hombres ó bien crédulos ó bien perversos. Abandono su alma á los remordimientos, si los remordimientos pueden suponer una alma. ¡En aquella época yo habia dejado de sentarme en la municipalidad, y estaba encerrado en mi casa!... Robespierre explica, sin justificar aquellos horrores, la conexion del 10 de agosto y del 2 de setiembre, y la imposibilidad que tenia el ayuntamiento de prevenir las consecuencias de la agitacion general. «¡Se asegura que un inocente ha perecido! ¡uno solo! ¡es sin duda demasiado! ¡Ciudadanos, llorad esta equivocacion cruel! nosotros ya la hemos llorado mucho tiempo; ¡era un buen ciudadano, uno de nuestros amigos! Llorad tambien las victimas culpables reservadas á las venganzas de las leyes, y que cayeron bajo los golpes de la justicia popular. Pero que vuestro dolor tenga un término como todas las cosas humanas; guardemos algunas lágrimas para calamidades que enternecen mas. ¡Llorad cien mil patriotas inmolados por la tiranía; llorad nuestros ciudadanos espirando bajo sus abrasados techos, y los hijos de los ciudadanos degollados en la cuna ó en los brazos de sus madres! ¿No teneis tambien hermanos, hijos y esposas que vengar? ¡La familia de los legisladores franceses, es la patria, es el género humano entero, menos los tiranos y sus cómplices!... La sensibilidad que gime casi esclusivamente por los enemigos de la libertad, me es sospechosa. Cesad de agitar ba-

jo mis ojos el manto sangriento del tirano, ó creeré que quereis volver á poner á Roma en sus cadenas. ¡Calumniadores eternos! ¿quereis vengar el despotismo? ¿quereis ajar la cuna de la república?

«Sepultemos, dice Robespierre concluyendo, esos despreciables manejos en un olvido eterno. Por mi parte, no tomaré ninguna resolucion que me sea personal. Renuncio á la justa venganza con que tendria el derecho de perseguir á mis calumniadores. No quiero mas venganza que el restablecimiento de la paz y de la libertad. ¡Ciudadanos! recorred con paso firme y rápido vuestra soberbia carrera, y pueda yo, á espensas de mi vida y hasta de mi reputacion, concurrir con vosotros á la gloria y á la dicha de nuestra patria comun!»

## XIII.

Robespierre apenas acabó de hablar, cuando Louvet y Barbaroux, impacientes por los aplausos que la Asamblea y los espectadores prodigaban al orador y al discurso, se lanzaron á la tribuna para contestar; pero la Convencion ya habia votado la impresion del discurso. Lo inútil de las acusaciones, la moderacion de las conclusiones de Robespierre, la necesidad de extinguir, si era posible, un fuego que amenazaba incendiar la opinion pública, todo apuraba á la Convencion para que terminase el debate. A los ojos de Vergniaud, de Petion, de Brissot, de Condorcet, de Gensonné y de Guadet, los mas prudentes de los girondinos, su enemigo habia salido de la contienda demasiado grande, y les repugnaba engrandecerle mas.

Vió Marat su propia victoria en la de Robespierre, á pesar de las dulcificadas denegaciones de que habian sido objeto sus opiniones. Danton triunfó en su interior,

viendo justificar la dictadura de la municipalidad, y cubrir los crímenes de setiembre con la bandera de la salvación pública. Robespierre había disculpado á Danton, y el partido indeciso de la Convencion, en cuyo centro estaba Barrère, temió tener que desdecirse, alegrándose de humillar á los girondinos, sin tener que declarar inocentes á sus enemigos. A todos les convenia el silencio, escepto á los acusadores.

## XIV.

Mas indignado Barbaroux con la obstinada negativa de la palabra, que se opone á sus súplicas y á las de Louvet, deja su asiento y baja á la barra con objeto de tener la palabra como ciudadano, ya que se le niega como diputado: «Me oiréis, esclamó, golpeando con ambas manos la baranda, como para hacer violencia á la Convencion, me oiréis. Si no me ois ¿seré reputado calumniador? Pues bien, yo grabaré mi denuncia sobre el mármol!»

Los murmullos, los sacarnos y las risotadas de las tribunas, no dejan oír á Barbaroux. Se le acusa de envilecer el carácter de representante del pueblo, despojándose de él para acusar individualmente á un enemigo. Barrère, uno de estos hombres que observan mucho tiempo la fortuna, con objeto de no pronunciarse á la ventura, y que nunca se comprometen bastante para ser arrastrados en la caída del partido mismo que han adoptado, se levantó para pedir la palabra. Jóven, de formas elegantes, alto, de gesto desembarazado, con un estilo fluido, se veía en sus facciones aquella mezcla de reserva y de atrevimiento que caracteriza los Sejans cubriendo todo el exterior de la inspiracion, todo el cálculo del egoismo. Estos hombres son los sabuesos de los gran-

des ambiciosos; pero antes de entregarse á ellos, quieren hacer conocer su importancia con objeto de que se les aprecie mas. Tal era Barrère: carácter propio de la comedia elevada, lanzado por una equivocacion del destino en la tragedia.

## XV

Barrère habia nacido en Tarbes, de una familia respetable; abogado en Tolosa, literato en Paris, adornando su nombre plebeyo con el nombre de Vieuzac, habia traído del fondo de su provincia aquel nombre, aquellas maneras y aquel lenguaje, que abrian los salones y que eran entonces una especie de candidatura natural á toda clase de fortuna. Madama de Genlis le acogió é introdujo en la familiaridad del duque de Orleans, y este príncipe, con objeto de atraerle á su casa, le confió la tutela de una jóven inglesa sumamente bella, que pasaba por su hija natural. Madama de Genlis cuidaba á aquella pupila, como una madre: esta jóven se llamaba Pamela. Barrère era agraciado y elocuente, pareciéndose su filosofía sentimental una parodia de Bernardino de Saint-Pierre: el colorido pastoral de las montañas, donde habia nacido, se reflejaba en sus escritos. Los salones, los teatros y las academias, afectaban entonces aquella desidia, que era como la languidez de la agonía de aquella moribunda sociedad, que creía rejuvenecerse haciéndose pueril; puerilidad de la vejez, Barrère, Robespierre, Conthon, Marat y Saint-Just, todas estas almas tan áceres habian principiado por ser empalagosos.

Bailly, Mirabeau y el duque de Orleans fueron los patronos de Barrère, á fin de que le nombrasen para la Asamblea nacional, donde desempeñó con asiduidad y talento, un papel mas literato que político; habia sem-

brado sus numerosas relaciones de máximas filosóficas; redactado despues *La Aurora (Point du jour)* y sido uno de los primeros que pidieron la república cuando vieron titubear al trono. En el día 10 de agosto, enviado con Gregoire á esperar al rey en el jardin de Tullerías, llevó en sus brazos con cariño al jóven Delfin. Nombrado para la Convencion, parecian debian unirle á los girondinos sus opiniones republicanas, sus estudios, sus relaciones, su origen meridional y su talento mas florido que popular; y efectivamente se inclinaba á su lado en los primeros dias; creia en su genio y admiraba su elocuencia, conocia la dignidad de su espíritu y le agradaba la moderacion de su sistema. Pero habia visto la fuerza del pueblo el 10 de agosto y el 2 de setiembre, y la mirada del leon le habia fascinado. Temia á Marat, Danton le admiraba, y desconfiaba de Robespierre. La estrella de estos tres hombres podia sufrir muchos cambios, y no queria ofrecerse como víctima á su venganza, si llegaban á triunfar.

Se habia colocado á igual distancia de los dos partidos, en el centro que se llamaba la llanura: alternativamente mediador ó auxiliar, segun los hombres, el dia y la mayoría. Esta llanura, compuesta de hombres prudentes ó medianos, que callaban por prudencia ó por mediocridad, tenia necesidad de un orador, y Barrère se ofreció á serlo. Se levantaba por primera vez y se hallaba en su actitud y en sus palabras, toda la incertidumbre equívoca de las almas que tomaban prestada su voz.

«Ciudadanos, dice Barrère, al ver bajar á la barra á Barbaroux, uno de nuestros colegas, no puedo menos de oponerme á que se le oiga. ¿Quiere ser peticionario? En este caso olvida que debe juzgar como diputado las peticiones que formulase como ciudadano. ¿Quiere ser acusador? No en la barra, sino aquí ó adelante de los tribunales debe esplicarse. ¿Qué significan todas estas acusaciones de dictadura ó de triumvirato? No demos impor-

tancia á hombres que la opinion pública sabrá colocar en su lugar. No hagamos pedestales á pigmeos. ¡Crudados! si existiese en la república un hombre nacido con el genio de César ó con la audacia de Cromwell, un hombre que con el talento de Sylla, tuviese sus peligrosos medios, seria temible y yo me presentaria á acusarle ante vosotros. Si existiese aquí un legislador de un gran genio ó de una vasta ambicion, preguntaria lo primero de todo si tiene un ejército á sus órdenes ó un tesoro público á su disposicion, un gran partido en el senado ó en la república; pero hombres de un día, pequeños empresarios de revoluciones, politicos que jamás entrarán en el dominio de la historia, no han nacido para ocupar el tiempo precioso que debemos á la nacion (aplausos y propone la orden del dia como por desprecio).—Guardad vuestra orden del dia, responde Robespierre con sequedad, si debe contener un preámbulo injurioso contra mí.» La Convencion vota la indiferencia y la neutralidad entre los acusadores y el acusado. «Perezcan los ambiciosos y con ellos nuestras sospechas y nuestras desconfianzas,» esclama Rabaud-Saint-Etienne.

## XVI.

Difundióse la noticia del triunfo de Robespierre, como una alegría pública entre la multitud que se agolpaba en los alrededores de Tullerías para complacer ó vengar á su tribuno, cuya presencia en aquella noche en los Jacobinos atrajo un gentio inmenso que empezó á palmo-tear al entrar en la sala. «Que hable Robespierre, dice Merlin, es el único que puede dar cuenta de lo que ha hecho hoy.—Conozco á Robespierre, responde un miembro del club, y estoy seguro de que callará: hoy es el dia mas bello que ha visto nacer la libertad; pues es